



## ¡Apreciadas familias!

Los siguientes libros se han adaptado para que los puedan leer en esta época de cuarentena. Se han transcrito y quitado las imágenes para bajarles el peso y reducir espacio. Sin imágenes, el niño, inventa en su mente, los personajes, los lugares, las acciones.



**Gorgojito Comelibros** del El Plan Lector de la Normal Superior les envía un saludo fraterno. Asimismo, los invito a leer libros de literatura infantil que cuentan historias maravillosas para que disfruten. Para mantener la atención de tus niños, les aconsejo que les lean en voz alta, les hagan preguntas para adivinen lo que pasará, que imiten las voces de los personajes, entre otras.

Yo, Gorgojito Comelibros, nací hace mucho tiempo. Me llamo así porque soy muy curioso y todo libro que pasa por mis manos lo leo con mucho entusiasmo. Los acompañaré todo el tiempo para animarlos en la aventura de conocer otros mundos con nuevas historias.

Hoy los invito a divertirse con la primera historia que se llama “**Siete ratones ciegos**” del escritor e ilustrador chino **Ed Young** ¡Cierren los ojos, vivan la historia en su imaginación!

Un día, siete ratones ciegos encontraron un Algo Muy Raro al lado de su laguna.

–¿Qué es esto? –chillaron sorprendidos y corrieron a casa.

El lunes, Ratón Rojo fue a averiguar. Era el primero en salir.

–Es un pilar –dijo-. Nadie le creyó.

El martes ratón verde fue a investigar, era el segundo en salir.

–Es una culebra –dijo.

–No –dijo ratón amarillo el miércoles.

–Es una lanza.

Era el tercero que salía a explorar.

Ratón morado fue el cuarto.

–Es un acantilado –dijo.

Ratón anaranjado salió el viernes.

–Es un abanico –gritó. Sentí cómo se movía.

Ratón azul fue el sexto.

Salió el sábado y dijo:

–Es solo una cuerda.

Pero los otros no estaban de acuerdo. Comenzaron a discutir.

Hasta que el domingo Ratón Blanco, el séptimo, fue hasta la laguna.

Cuando se topó con algo muy raro. Subió por un lado y bajo por el otro. Trepó hasta la cima y recorrió el Algo Muy Raro de punta a cabo.

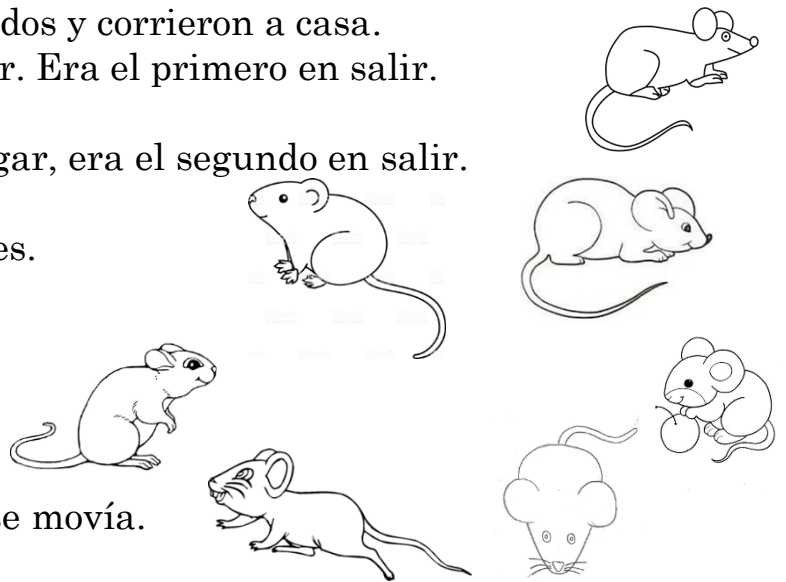
–Ahh –dijo– ahora veo, el Algo Muy Raro es:

Firme como un pilar

Flexible como una culebra.

Ancho como un acantilado.

Filoso como una lanza





Fresco como un abanico.  
Fuerte como una cuerda  
Pero todo junto, el Algo Muy Raro es...  
...¡Un elefante!

Cuando los otros ratones subieron por un lado y bajaron por el otro, y recorrieron el Algo Muy Raro de arriba abajo y de punta a cabo, estuvieron de acuerdo.  
Ahora, ellos también veían

### **Moraleja ratoneja**

Si solo conoces por partes dirás siempre tonterías; pero si puedes ver el todo hablarás con sabiduría.

&&&&&



**¡Y continua la fiesta con los libros! nuestra segunda historia se llama "El Punto" del escritor canadiense Peter H. Reynolds.**

La clase de arte había terminado, pero Vashti se había quedado pegado a su asiento.

Su hoja estaba en blanco.

La profesora se inclinó sobre la hoja en blanco.

"¡Ah! un oso polar bajo una tormenta de nieve" dijo.

"Muy divertido" contestó Vashti. "**NO** se me ocurre qué dibujar".

La profesora de Vashti sonrió. "Haz una sola marca y mira a dónde te lleva".

Vashti dejó su marca hundiendo el lápiz en el papel de un solo golpe. "¡Ya está!".

La profesora tomó la hoja y la estudió atentamente "Umm...".

Devolvió la hoja a Vashti y tranquilamente dijo "Ahora, fírmalo".

Vashti pensó por un momento "Bueno, quizás no sepa dibujar, pero sí **SÉ** escribir mi nombre".

A la semana siguiente cuando Vashti entró a la clase de arte, se llevó una sorpresa al ver lo que colgaba por encima de la mesa de su profesora. Era el punto. ¡Había enmarcado **SU PUNTO!** ¡En un marco dorado!

"Umm... ¡Puedo hacer un punto mejor que **ÉSE!**"

Abrió su caja de colores, nunca antes estrenada, y se puso a trabajar.

Vashti pinto y pinto. Un punto amarillo. Un punto verde. Un punto rojo. Un punto azul. Mezclando el azul con el rojo descubrió que podía pintar un punto **VIOLETA.**

Vashti siguió experimentando. Hizo un montón de puntos de muchos colores.

Si puedo hacer puntos pequeños también puedo hacer puntos **GRANDES.** Vashti

esparció los colores con un pincel más grande, en un papel más grande y pintó puntos más grandes. Llegó incluso a hacer un punto **SIN** pintar un punto.

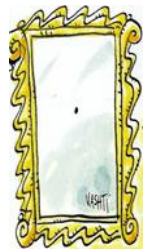
Una semana después, en la exposición de la Escuela de Arte, los puntos de Vashti causaron sensación.

A Vashti se le acercó un niño pequeño que le dijo con admiración:

"Eres un gran artista. Cómo me gustaría pintar como tú", "seguro que sabes" le contestó Vashti.

"¿**YO?** No. Yo no. No sé trazar ni una línea recta con una regla".

Vashti sonrió. Le acercó al niño una hoja de papel en blanco "A ver...", le dijo. El lápiz del niño temblaba mientras trazaba la línea.





Vashti miró atentamente el garabato del niño. Luego le dijo... “Y ahora...fírmalo, por favor”



&&&&&&

**Gorgojito Comelibros les cuenta que ¡La fiesta de la lectura de libros aún no termina! Los invito a que disfruten la tercera historia que se llama “Tomás aprende a leer” del autor Jo Ellen Bogart.**

Tomás sabía construir una valla de troncos y sabía hacer una tortilla, pero no sabía leer.

Tomás sabía hacer una mesa de un árbol y sabía hacer un dulce jarabe de su savia, pero no sabía leer.

Tomás sabía cómo cuidar los tomates, los pepinos y las mazorcas de maíz para que crecieran hermosos, pero no sabía leer.

Conocía las huellas de los animales y las señales de las estaciones, pero no conocía las letras y las palabras.

—Quiero aprender a leer —le dijo a su hermano José.

—Eres un hombre mayor, Tomás —le respondió José—. Tienes hijos y nietos y sabes hacer casi de todo.

—Pero no sé leer —insistió Tomás.

—Bueno —dijo José—. Pues aprende.

—Quiero aprender a leer —le dijo Tomás a Julia, su mujer.

—Eres maravilloso tal como eres —contestó Julia mientras le acariciaba la barba.

—Pero puedo ser aún mejor —replicó él.

—Pues aprende —le dijo su mujer, sonriéndole por encima de su labor de punto—. Así podrás leerme a mí.

—Quiero aprender a leer —le dijo Tomás a su viejo perro pastor.

El perro lo miró, y luego se echó en la alfombra, a los pies de Tomás.

Tomás pensaba: «¿Cómo puedo aprender a leer? Mi hermano no puede enseñarme. Mi mujer no puede enseñarme. Este viejo perro no puede enseñarme. ¿Cómo aprenderé?»

Tomás estuvo pensándolo un buen rato y al final sonrió.

A la mañana siguiente, Tomás se levantó al salir el sol e hizo el trabajo de la granja. Luego se lavó la cara y las manos, se peinó el pelo y la barba, y se puso su camisa preferida.

Desayunó unas tostadas y se preparó un bocadillo para llevárselo. Después se despidió de Julia con un beso y salió de casa.

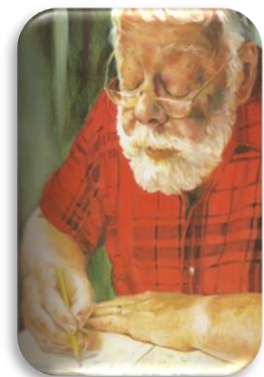
Encontró a un grupo de niños y niñas que también iban por el camino sombreado por los árboles. Cuando los niños entraron en la escuela, Tomás también entró. La señora García sonrió al verlo.

—Quiero aprender a leer —le dijo.

Ella le indicó un asiento libre y Tomás se sentó.

—Niños y niñas —dijo la maestra—, hoy tenemos un nuevo alumno.

Tomás empezó por aprender las letras y sus sonidos. Algunos niños le ayudaron. En el recreo, se sentó debajo de un árbol y enseñó a unos niños y niñas a imitar el canto del carbonero y el graznido de la oca, y les contó historias.





Pronto Tomás fue aprendiendo palabras. Todos los días copiaba los ejercicios en su cuaderno con esmero.

A Tomás le gustaba mucho que la maestra o los niños mayores leyeran en voz alta en clase. A veces dibujaba mientras escuchaba. Tomás estaba aprendiendo, pero también estaba enseñando. Enseñó a los niños a hacer tallas de madera con la navaja. Y a la maestra le enseñó a hacer mermelada de manzana y a silbar con los dientes.

Al cabo de un tiempo, Tomás ya iba juntando palabras y escribiendo sus propias historias. Escribió sobre cómo se salvó una pequeña ardilla. Escribió sobre el baño en el río. Escribió sobre el día en que conoció a su mujer.

Julia miraba cómo Tomás hacía sus ejercicios en la mesa después de cenar.

—¿Cuándo vas a leerme algo? —le preguntó.

—Cuando llegue el momento —le contestó.

Un día, Tomás se llevó a casa un libro de poemas de la escuela. Los poemas trataban de árboles y nubes y ríos y ciervos ligeros. Tomás lo escondió debajo de su almohada. Aquella noche, cuando Julia y él se fueron a la cama, sacó el libro.

—Escucha —le dijo.

Leyó un poema sobre suaves pétalos y dulce perfume de rosas. Leyó un poema sobre olas que rompían en la orilla del mar. Leyó un poema de amor.

Julia miró a su marido a los ojos.

—¡Oh, Tomás! —dijo—. Quiero aprender a leer.

—Mañana, después del desayuno, cariño—le respondió sonriendo. Y apagó la luz.

&&&&&&&&



Gorgojito Comelibras, los saluda nuevamente y les envía besos. Los felicita porque ya han leído tres libros ¡Bravo! Y para continuar con esta rumba de la lectura los invito a leer el libro **“Los secretos del Abuelo Sapo”** de la escritora Keiko Kasza ¡Cierren los ojitos y vivan la historia en su mente!

Un día Abuelo Sapo y Sapito salieron a caminar por el bosque.

—Sabes, Sapito —dijo Abuelo—, nuestro mundo está lleno de enemigos hambrientos. —¿Cómo nos podemos proteger, Abuelo? —Preguntó Sapito.

—Bueno —declaró Abuelo—, voy a compartir mis secretos contigo. Mi primer secreto es ser valiente. Debes ser valiente al enfrentarte con un enemigo peligroso.

En ese preciso momento apareció una culebra.

—Hola, sapos —dijo la culebra—. ¡Me los voy a comer de almuerzo!

Sapito dio un alarido y corrió a esconderse. Pero, ¿Abuelo estaba asustado?

—¡Ni un poquito! ¡Cómeme si puedes! —Gritó ferozmente Abuelo—. Pero puedo ser más grande de lo que tú puedas tragar.

Abuelo tomó aire y se hizo cada vez más y más grande.

—Pues.... Tal vez otro día —murmuró la Culebra y se fue lentamente.

Sapito saltó de los arbustos.

—¡Oh, Abuelo! —gritó—. ¡Fuiste tan valiente! ¡Estuviste tan maravilloso!

Abuelo Sapo sonrió lleno de alegría.





—Gracias —le dijo—. Pero algunos enemigos son demasiado grandes como para espantarlos. Mi segundo secreto es ser astuto. Debes ser astuto al enfrentarte con un enemigo peligroso.

En ese preciso momento apareció una gran tortuga voraz.

—Hola, sapos —chasqueó la tortuga—. ¡Me los voy a comer de un bocado! ¡Chas, chas!

Sapito dio un alarido y corrió a esconderse. Pero, ¿Abuelo estaba asustado?

—¡Ni un poquito! ¿Un bocado? —Preguntó Abuelo— ¿No prefieres un banquete?

—Claro que sí —respondió la tortuga.

—Hace poco una apetitosa culebra pasó por acá. Si te apresuras la puedes atrapar.

—Gracias por el consejo —dijo la tortuga y se fue rápidamente a cazar a la culebra.

Sapito saltó de los arbustos.

—¡Oh, Abuelo! —gritó—. ¡Fuiste tan astuto! ¡Estuviste tan maravilloso!

Abuelo Sapo sonrió lleno de alegría.

—Gracias —le dijo—. Ahora, el tercer y último secreto.

Pero antes de que pudiera decir otra palabra... Un enorme monstruo apareció

—Hola, sapos —rugió el monstruo—. ¡Me los voy a comer sólo por diversión!

Sapito dio un alarido y corrió a esconderse. Pero ¿Abuelo estaba asustado?

¡Sí! ¡Estaba asustado! Nunca en su vida había visto una criatura más espantosa. Intentó escapar, pero el monstruo lo atrapó.

Sapito estaba escondido entre los arbustos temblando de miedo. Pero recordó los secretos de su abuelo: ¡Ser valiente y astuto! ¡Ser valiente y astuto! Vio unas bayas silvestres y decidió rápidamente lo que debía hacer. Sapito le lanzó las bayas al monstruo. Se reventaron y le dejaron manchas rojas en las patas. El monstruo ni siquiera se dio cuenta. ¡Estaba muy ocupado convirtiendo a Abuelo en un Sándwich de sapo! Sapito salió de los arbustos con gran valentía.

—¡Abuelo! —gritó—. ¡Deja ir al monstruo!

—¿Qué? —dijo el monstruo.

—¿Qué? —gritó Abuelo.

—Abuelo —dijo Sapito— no es muy amable de tu parte andar por ahí envenenando monstruos. Tu veneno ya le está subiendo por las patas. Pronto tendrá manchas por toda la cola y luego morirá. ¿No te da vergüenza, Abuelo?

El monstruo se miró las patas.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Estos sapos malvados me están envenenando!!

El monstruo corrió tan rápido como Pudo. Abuelo y sapito se abrazaron.

—¡Huy! —Suspiró Abuelo—. Estuve cerca.

—Sí dijo —Sapito.

—Bueno —dijo finalmente Abuelo—. Pero aún no has escuchado mi tercer secreto.

—¿Cuál es? —Preguntó Sapito.

—Mi tercer secreto es éste —declaró Abuelo—: En caso de emergencia, estar seguro de tener un amigo con quien contar. Sapito, fuiste tan valiente. Fuiste tan astuto.

—¡Estuviste tan maravilloso!





Ahora fue Sapito quien sonrió lleno de alegría.



**Gorgojito Comelibros**, se despide. Los felicito por haber leído cuatro libros en la ¡Primera temporada de la “¡Fiesta de la lectura!” pronto les estaré regalando la segunda temporada de libros! Sólo espero que te hayas divertido ¡Hasta la próxima!